

GUIOMAR ROVIRA

ACTIVISMO EN RED Y MULTITUDES CONECTADAS

COMUNICACIÓN Y ACCIÓN
EN LA ERA DE INTERNET

Icaria ✦ **Antrazyt**
ANÁLISIS CONTEMPORÁNEO

 **Publicaciones**



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

ÍNDICE

Agradecimientos 5

Resumen 7

Introducción

23 años de rebeliones conectadas 9

- I. Redes de captura: tecnología y capitalismo 21
 - El discurso mitológico de Internet 24
 - Internet: una tecnología en tensión 26
 - Los nuevos cercados en el ciberespacio 28
 - Capitalismo de expulsión masiva: un diagnóstico 33
 - La renta tecnológica: un nuevo imperialismo 36
 - Redes de pesca y expropiación: necropolítica y capitalismo gore 38
 - Subsumir lo diverso en lo indistinto: autoexplotación y big data 41
- II. Del «no future» a las redes activistas 49
 - El punk, la política prefigurativa y la autonomía 49
 - Los noventa: una red de solidaridad transnacional con el zapatismo 56
 - Fin de siglo: el movimiento altermundista y el ciclo global contra el neoliberalismo 73
- III. Comunicación para la acción y pragmatismo hacker 79
 - La comunicación política y la mediatización de la política 79

RESUMEN

Desde hace más de 20 años, el uso lúdico y libertario de las tecnologías digitales iniciado por los primeros programadores y hacktivistas se ha profundizado a partir de experiencias concretas que sorprenden en su irrupción y que contrastan con el desarrollo de estrategias tecnológicas para el control social y para el provecho económico.

A mediados de los noventa, el surgimiento espontáneo en Internet de una red de solidaridad con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional fue un ejemplo inaugural del poder distribuido y transnacional de un nuevo tipo de actor político: las redes activistas, agregaciones ad hoc sostenidas en operaciones de información y comunicación distribuidas, capaces de actuar e irrumpir de forma desterritorializada a nivel global y a la vez en contextos locales situados. El devenir de estas redes activistas en todo su esplendor dio lugar al movimiento altermundista.

Alimentando estas potencias, el activismo comunicativo y hacker ha cobrado enorme relevancia, poniendo en escena formas de hacer que rompían códigos y abrían los moldes de lo establecido en las formas y los modos de las protestas.

A partir de la Primavera Árabe, irrumpen las multitudes conectadas como constelaciones performativas en las calles y simultáneamente online, que conectan el espacio de lo común y la protesta local con los flujos globales de la indignación. Se trata de la emergencia de una política prefigurativa que se abre a cualquiera y enfrenta nuevos riesgos. Explorar la relación entre redes digitales y movilización social es el propósito de este libro.

INTRODUCCIÓN

23 años de rebeliones conectadas

Desde mediados de los noventa, la acción colectiva y los movimientos sociales se han apropiado de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) para implementar estrategias y tácticas para la irrupción en el escenario de la contienda política.

El avance tecnológico ha ido a la par del avance del neoliberalismo. Las redes, convertidas en paradigma del momento civilizatorio y del capitalismo global, también han permeado las formas de la acción colectiva. Las luchas por la emancipación en todo el mundo han buscado tácticas para hacer estallar los códigos sociales y usar las máquinas para transformar los espacios de comunicación y de vida.

Con las tecnologías de la información y la comunicación, las movilizaciones han logrado alterar la dependencia de la visibilidad mediática, desde los márgenes se resquebraja el poder de la voz única de televisoras y periódicos. Los medios de difusión masiva han perdido la capacidad de definir y clausurar las narrativas hegemónicas a su antojo. A su vez, se ha desarrollado un activismo comunicativo autogestionado en redes. Todo movimiento es un laboratorio de producción simbólica que necesita comunicar. Actuar en las calles se ha vuelto equivalente a comunicar.

Un nuevo cosmopolitismo se ha desarrollado como conciencia de una práctica de interacción global y de la conciencia creciente de la globalidad de los problemas. Han proliferado las alianzas y redes de solidaridad transnacionales, los vínculos entre activistas y causas, así como una reflexividad aumentada en redes, dispersa, capaz de contagio, que alimenta posibilidades de aprendizaje, réplica y remix en múltiples escalas.

Como señala el Manifiesto Telecomunista: «El desarrollo de las telecomunicaciones, notablemente la emergencia de redes de pares como la Internet, así como el transporte y migración internacional, crean amplias posibilidades revolucionarias mientras las comunidades dispersas se vuelven capaces de interactuar instantáneamente a escala global. Nuestras vidas y relaciones ya no necesitan confinarse a naciones-estado vinculadas a un territorio» (Kleiner, 2015: 23).

En la red global, las luchas son citables y son citas. Son prácticas abiertas a la recreación y a la vez intertextos que invocan a otros y los traen a escena en contextos distantes o distintos. El acontecimiento como momento excepcional de emergencia política es alimentado por los flujos de la comunicación online, sacándonos de una escena predefinida y abriendo los límites de todo lo que se daba por sentado.

Las luchas de hoy son necesariamente singulares pero comparten códigos, muchas veces accidentes y apropiaciones inesperadas de lo que el mismo capitalismo globalizado y las industrias culturales promueven. Como inconformes con el modelo capitalista, los activistas de todos lados comparten la alegría por la rebelión en cualquier lado. Una emoción que Susan Sontag pone en palabras: «Si no aquí, entonces allá. Si no ahora, entonces pronto: por doquier y aquí» (2004). El tiempo del ahora. El Jetztzeit benjaminiano.

En estas últimas décadas vemos aparecer nuevas formas de articulación política que no construyen un sujeto unitario ni una coordinación centralizada, sino que tienden a la autoorganización y cooperación, manteniendo la autonomía de las partes. La red distribuida, distinta de la estructura jerárquica o de la red en estrella o del lattice o cadena, permite que cada nodo se comunique con cualquier otro, generando caminos de redundancia y dispersión. La red se ha vuelto el paradigma de las luchas emancipatorias contemporáneas y sus anhelos de horizontalidad. Es a la vez la forma mínima de organización y la infraestructura de comunicación.

A mediados de los noventa, era habitual encontrar a un activista tecnológico, usualmente anglófono, paseando por cualquier lugar del mundo donde hubiera una lucha social intentando persuadir a los activistas de incursionar al campo digital. A principios de 1994 en Chiapas, un joven ingeniero de pelo rojo encrespado nos insistía a varios periodistas sobre la necesidad de usar «Internet». Lo mirábamos con ojos atónitos y a la vez sin hacerle mucho caso a «eso»,

¿qué es eso? Poco nos imaginábamos que en unos meses nuestra forma de trabajo cambiaría radicalmente. De dictar las crónicas de la guerra de Chiapas desde un teléfono público para que el periódico asumiera la factura de la llamada, pasamos a la inmediatez del correo electrónico sin necesidad de imprimir ni siquiera en papel lo que escribíamos en una computadora cada vez más pequeña. A una velocidad fulminante, el periodismo se transformó. Los fotógrafos dejaron de cargar con su cuarto oscuro y sus líquidos de revelado. Los zapatistas mismos hicieron caso al amigo pelirrojo, quien volvió recurrentemente para ayudarles a conectarse.

La extensión de las redes de movimientos sociales se debe en parte a estos personajes anónimos, estos hackers de extraño look, a veces muy punk, a veces muy nerds, que aparecían por cualquier lado, estos flaneurs-activistas de la comunicación que hacían causa personal de la diseminación de sus saberes técnicos.

La Internet de la web 1.0 dotó de infraestructura y propició el encuentro entre activistas y el tejido de redes transnacionales de contra información, así como lo hizo con la generación de comunidades de todo tipo de intereses, entre los aficionados a los mismos temas y coleccionistas de los mismos objetos a nivel transnacional. Sin embargo, no será hasta las plataformas de redes sociales digitales, la llamada web 2.0, cuando la tecnología imprimirá un formato inédito a la comunicación para la acción política, acabando con su calidad de experiencia «alternativa» mediada por el activismo: será a partir de la Primavera Árabe cuando florecerá una potencia en red, desde espacios cotidianos y no necesariamente antagonistas, desde redes privativas como Facebook y Twitter, abierta a la intervención de cualquiera, sin credencial activista y sin la mediación del medio masivo o el medio radical. La potencia de la comunicación en todo tipo de soportes y escalas se recombina cada día más y se remezcla. Las movilizaciones políticas pasan a ser experiencias de «comunicación total», tal como señala Emiliano Treré:

Internet hace ya inoperante el concepto de «medios alternativos» o «comunicación alternativa», pues lo que vemos es la combinación y uso tanto de plataformas creadas ex profeso para el movimiento o tecnologías que son de uso extendido como Facebook o Twitter, nuevos y viejos medios de forma simultá-

nea, periódicos, octavillas, stencils o gráfica en las calles, graffiti, programas de televisión, performances, música (por ejemplo, el rap), o teatro. (2014: 116)

La hibridación de formatos y géneros, la misma redundancia de las redes, permite una eficacia mayor en entornos locales y logra sortear en algunos aspectos la brecha digital: no es necesario tener acceso a Internet para estar participando de un acontecimiento comunicativo o una movilización social en red. La hacktivista Simona Levi explica que las rebeliones siempre han sido impulsadas por las clases con menos formación letrada, y no por ello han dejado jamás de aprovechar todos los medios a su alcance:

En las fábricas europeas de fines de siglo XIX se repartían panfletos impresos aunque quizá solo un 10% de los obreros sabían leer. Pero el medio escrito es una vía excelente para llegar a alguien que no sabe leer. Porque a su lado en la fábrica o en la familia siempre hay alguien que sabe leer y que se lo lee. Eso hacía multiplicar el mensaje. Con Internet ocurre lo mismo. Quizás la abuela no tiene Facebook, pero le llega lo que se cuelga en Facebook porque se lo explica su nieta. Es la primera vez desde la imprenta que tenemos una herramienta para hacer la revolución que nos da todo el campo para correr. No se trata de hacer un «trending topic» y ya está. Es un cambio de paradigma. (en entrevista de Picazo, 5/3/2015).

El aumento de usuarios de telefonía móvil e Internet en las últimas dos décadas ha sido exponencial, como nunca había ocurrido con ninguna otra tecnología. La agencia especializada de las Naciones Unidas para estadísticas globales sobre Tecnologías de la Información y la Comunicación, la ITU, señala que a fines de 2015 hay 3.2 billones de usuarios de Internet en el mundo. La cifra en el año 2000 era apenas de 400 millones.¹

En este libro se distinguen dos tipos de nuevos actores colectivos que emergen de la relación entre movilización social y comunicación digital. Sostengo que las categorías clásicas de los movimientos sociales y la acción colectiva contenciosa resultan limitadas para observar

1. <http://www.itu.int/en/ITU-D/Statistics/Pages/facts/default.aspx>

estos nuevos fenómenos y, aun a riesgo de abonar la proliferación de categorías académicas y oscurecer el entendimiento en tiempos de neoliberalismo cognitivo, propongo los términos «redes activistas» y «multitudes conectadas» para analizar las movilizaciones en la era de Internet:

a) La etapa de las redes activistas. Desde los noventa a la primera década 2000, con la extensión de Internet a partir de las redes de solidaridad con el zapatismo y el desarrollo del movimiento altermundista se consolidan los vínculos y los marcos transnacionales de las luchas sociales contra el modelo capitalista y neoliberal. Surge con fuerza el paradigma de la red y cobra relevancia la dimensión comunicativa de toda acción colectiva contenciosa. Quienes participan en movilizaciones y protestas, se habilitan y convierten en enlazadores de mundos. La información sobre las protestas ya no está en manos exclusivas de los medios de difusión masiva. Una miríada de mensajes cuentan y documentan lo ocurrido y logran un impacto y extensión difícil de obtener con los medios alternativos tradicionales que siempre eran más costosos, lentos y limitados geográficamente. Los activistas se convierten en comunicadores eficaces e inmediatos de sus propias acciones, periodistas de su aparición pública, cronistas involucrados, streamers, narradores situados y fotógrafos capaces de denunciar y mostrar la violencia policial, hackers dispuestos a interrumpir flujos y a inventar nuevas tácticas en los espacios virtuales globales. Múltiples pequeños medios independientes y autogestivos, los «radical media» (Downing, 2010), aprenderán a enlazarse entre sí para formar redes de contrapúblicos más amplios y deslocalizados.

b) La etapa de las multitudes conectadas. En la segunda década del siglo XXI, con el auge de las plataformas de redes sociales digitales, la extensión de los teléfonos inteligentes y la conexión inalámbrica, Internet se mueve de la computadora de escritorio o el cibercafé, a la calle. La irrupción política se volverá más distribuida, sensible a la participación de cualquiera, sin esperar mediación de colectivos comunicativos ni activistas. El cuerpo será ya cyborg, dotado de herramientas tecnológicas, en relación sinérgica con sus redes. En momentos de emergencia política, estos cuerpos cyborg formarán constelaciones performativas que ocuparán el espacio concreto de las ciudades así como el amplio espectro de las redes digitales. Las

protestas no se dan solamente en el plano de lo local ni deben esperar a los medios masivos para difundirse más allá de lo inmediato, sino que ocurren simultáneamente in situ y online, en una hibridación que se retroalimenta con los medios masivos.

Mientras el zapatismo con sus páginas web y sus listas de correo electrónico, y el altermundismo con los Indymedia principalmente lograron poner en el mismo escenario a diversas corrientes ideológicas y conectar colectivos, agrupaciones, sindicatos, ONG de distintos lugares del mundo, etc., a partir de la Web 2.0 las multitudes conectadas que toman las plazas ya no son colectivos organizados que se vinculan entre sí formando redes activistas, sino que son esos «cualquiera» que a título personal salen a las calles, se encuentran y construyen espacios de convivencia e interlocución inesperados, constelan sueños en común y detienen sus vidas cotidianas en un tiempo del ahora, un *Jetztzeit* desde el que se exige frenar el carro de la expropiación.

A partir de las Primaveras Árabes, las protestas ocurren en tiempo real en las calles y en las redes. Las prótesis² electrónicas actúan a favor de una visibilidad global que se alía con el encuentro de los cuerpos y su vulnerabilidad. La simultaneidad de presentación y representación acaba con las instancias intermedias y las dicotomías que ordenaban la modernidad son puestas en duda. Por ejemplo, la oposición entre público y privado se diluye con la proliferación de espacios híbridos y con la politización del ámbito reproductivo de la vida. Irrumpen con fuerza nuevas concepciones que apelan a «lo común» para designar un tercero excluido, una existencia previa a toda privatización, gestionada/producida por la gente y compartida: cada quien es de por sí continuidad y parte de las demás, los

2. No se trata exactamente de prótesis. Como dice Canevacci (2004:21): «Ninguna de estas tecnologías se añaden a un órgano, dejándolo ontológicamente intacto y separado del “resto”. El enlace cuerpo-tecnología no se forma solo a lo largo de su sentido referente principal (no único), sino que incluso se difunde en otros aspectos sensoriales activados directa o indirectamente. Cada sentido está entrelazado en una densa web fluida que lo conecta a todos (o algunos) de los otros sentidos, es decir a los muchos sentidos «cohabitantes» de un cuerpo que se dilata y actúa a lo largo del canal por donde viaja la comunicación (Bateson). En esa perspectiva, las propiedades claramente bioculturales incluyen la tecnología, no la excluyen. Luego nada es natural en el ojo.»

que fueron y las que están, la vida no es un asunto individual, sino que se sostiene en un ambiente humano compartido y un entorno ecológico. El procomún, la reflexión sobre los commons se extiende mucho más allá de los bienes naturales e impacta sobre la construcción de mundanidad. La inspiración feminista incorpora lo sensible (el cuerpo vulnerable, interdependiente, emocional, sensorial y no solo racional) y no solo lo ideológico en los espacios de lucha que se vuelven más prefigurativos que ideológicos.

Estas configuraciones presentan otra paradoja: enuncian en primera persona del singular, cada quien con su propia voz, no delegan su representación, sino que son sincronizaciones individuales y proliferantes, multitudes que no construyen unidad y que hacen del anonimato de ser cualquiera y dar la cara, su fuerza. La pregunta sobre la identidad se revela excluyente y cae por irrelevante. Ni etnia, ni clase, ni patria ni religión. Una etiqueta puede ser el signo para encontrarse. Los procesos de lucha de las multitudes conectadas desencadenan subjetivaciones políticas que son tránsitos, procesos liminales que se extienden a lo humano y a lo no humano, devenires profundamente singulares y, precisamente por ello, interpelaciones universalizantes, contagiosas.

Las multitudes conectadas constelan otro mundo posible en el aquí y el ahora, en el atisbo fulgurante de una plaza que se expande en las redes y crece vinculando figuraciones inesperadas. Hablamos de constelaciones performativas que ocurren en contextos y tramas situadas, hablan lenguas ya escritas y heredan un pasado, pero el presente es agarrado con pinzas, puesto a observación desde la luz del extrañamiento colectivo que produce el encuentro. La denominación sistema-red no permite captar el despliegue de fuerzas en su densidad histórica, esa capacidad de constelar un tejido común de colores insospechados que abre espacios para hacer.

Las multitudes conectadas no duran, pero lo que constelan permanece, deja huella en la experiencia y en la imaginación. La condición efímera de su aparición pública es la dimensión más difícil de explorar y queda pendiente en este trabajo, pues amerita un estudio concreto en cada uno de los casos: qué pasa cuando la gente regresa a casa, qué procesos organizativos derivarán de los encuentros en las plazas, qué experiencias individuales serán semillas de nuevas acciones políticas, nuevas organizaciones, iniciativas con las instituciones,

contra las instituciones. Deleuze ya advirtió que a las revoluciones no se las puede juzgar por su porvenir, por lo que perdura más allá de lo que duran las relaciones concretas que la situación crea: «Una revolución es un movimiento que conecta puntos distantes, que crece desbordando los marcos de la vida normal, que transforma a aquellos que se dejan atravesar por ella. Para quienes viven esas nuevas relaciones, para quienes las aprovechan haciendo con ellas un cuerpo sin órganos, la revolución es victoriosa» (Larrauri, 2001).

Los porvenires del ciclo de acción global de las multitudes conectadas son contradictorias: La Primavera árabe y sus revueltas antiautoritarias no puede decirse que tuvieron un final feliz. Aunque en Túnez el presidente Ben Ali fue derrocado y se inició un proceso de apertura democrática, en el resto de países la violencia y la guerra han desplazado por completo el anhelo pacífico de las plazas. En Egipto, un golpe militar eliminó al gobierno electo de los Hermanos Musulmanes, organización que supo usar a su favor las aspiraciones libertarias de Tahrir, a pesar de no representarlas. Esta formación ha sido ilegalizada y acusada de terrorismo, más de 20 mil de sus militantes están en la cárcel o han sido condenados a muerte. Los activistas del Movimiento 6 de Abril y los blogueros egipcios han sido reprimidos con ferocidad y existen ahora leyes específicas para prohibir la protesta.

La violencia geoestratégica en la zona tras la guerra de Iraq y Afganistán, los intereses saudíes e israelís, la amenaza de Irán, el polvorín de Palestina, las guerrillas de Líbano, el crecimiento del fundamentalismo, los enfrentamientos étnicos atizados por las potencias occidentales han llevado al caos y la guerra a Libia, Yemen, Siria... El Estado Islámico siembra el terror³ aceitando la industria armamentística global y usando las redes para reclutar jóvenes con ansias de identidad y fe. La represión y la mano dura de los gobiernos de la mayoría de países árabes impiden cualquier tipo de aspiración democrática. Sin embargo, como señala Francisco Carrión (2016):

3. En resumen, tal como señala Álvarez-Osorio (2015), «hemos pasado de lo malo conocido (los regímenes autoritarios) a lo peor por conocer (grupúsculos yihadistas que pretenden redibujar las fronteras regionales y reinstaurar un califato islámico por la fuerza de las armas).»

Por mucho que les pese a quienes hoy bendicen dictadores, hacen negocios con su vieja guardia y reniegan de aquel hito, sí existió la primavera. Una estación de esperanza colectiva e ilimitado optimismo que, un lustro después, se ha marchitado ahogada por la férrea resistencia de las autocracias y el ascenso del yihadismo.

En Europa, las experiencias de las multitudes en las plazas han seguido derivas diferentes. Algunos países optaron por llevar al espacio electoral el reclamo contra las políticas de austeridad y la crisis económica, como ocurrió en Grecia con el triunfo de la coalición de izquierda radical Syriza en 2015. En España, un nuevo partido político emanado del espíritu de las plazas, Podemos, buscó el poder del estado en 2016. La revuelta municipalista sacudió el estado español como consecuencia del 15M, con la aparición de coaliciones de movimientos sociales que se ganaron en las urnas las alcaldías de las principales ciudades, como Madrid, Barcelona, Valencia, Coruña y Cádiz.

En Estados Unidos, las multitudes que ocuparon Wall Street e instalaron más de mil acampadas por todo el país parecen no haber generado alternativas organizativas constatables. Sin embargo, la impugnación al modelo neoliberal y al capitalismo financiero ha permeado la reflexión colectiva y la producción cultural. En Turquía las movilizaciones contra la destrucción del parque Gezi hicieron despuntar una exigencia democrática generalizada que fue reprimida de forma brutal por un Estado campeón en violar los derechos humanos y asesinar masiva e impunemente. En Brasil, las muchedumbres que en 2013 exigían transporte gratuito en las grandes ciudades salieron a las calles contra los grandes eventos deportivos como inmensos negocios globales. A la larga, en Brasil se han generado procesos encontrados: por un lado, la articulación autónoma de los movimientos sociales al margen del Partido de los Trabajadores, con distintas expresiones de empoderamiento ciudadano como los barrenderos de Rio de Janeiro (que crearon una candidatura a la alcaldía), pero por otro, el descontento movilizado permitió un complot legislativo de derecha para el impeachment de la presidenta Dilma Rousseff en 2016.

El caso del #YoSoy132 en México es también controvertido: contra el anhelo democrático de los estudiantes movilizados en las

calles, la maquinaria de la narco guerra del poder aceita negocios y expropia vida y territorio dejando a su paso cientos de miles de asesinatos impunes y un número que roza las 30 mil personas desaparecidas. Y faltan muchos casos más, pero los destinos de cada movilización, tan marcados por los contextos concretos de cada país y los intereses globales, no pueden opacar el momento de aparición en las plazas de esas constelaciones performativas, ese *Jetztzeit* de los cuerpos que reivindican la vida y que habla un lenguaje común en las redes, que no es el del dinero, ni el del poder, ni el de la violencia.

Multitudes no marcadas por categorías sociales sino por un ejercicio de algo que podemos nombrar como democracia en acto o ciudadanía performativa, puesta en escena, toma de la ciudad, ciudadanía no concedida por el estado, sino actuada, apropiada y desprivatizada, situada y local, singular e intransferible, como cada una de las vidas, pero conectada a nivel global como el aire que se respira, sin respetar fronteras ni siglas. Un nuevo cosmopolitismo conectado que rompe con toda extranjería, que interpela a cualquiera, a cualquiera menos uno: el 99% proliferante y excesivo, incontenible e incontinente.

Por eso, las multitudes conectadas de las que hablamos no son ni pueden ser equiparadas a otras experiencias de articulación colectiva en las redes digitales. No tienen que ver con los usos tecnopolíticos que puedan hacer todo tipo de causas o grupos de cualquier signo, desde los fundamentalismos religiosos o las corrientes políticas organizadas. Las redes ofrecen plataformas gratuitas para difundir todo tipo de valores y opiniones, permiten que el resentimiento se contagie y viralice y encuentre explicaciones restrictivas, levantando fronteras entre amigos y enemigos, locales y foráneos, cristianos y musulmanes, buenos y malos.

Las multitudes conectadas no son espacios de reclutamiento, son espacios de performance, de prefiguración. Y se distinguen de todo otro tipo de movilizaciones sociales precisamente por lo que ponen en escena: un mundo donde la gente habla por su propia voz⁴ sin requisito identitario ni programa previo, sin ocultar nada

4. Tener voz propia, explica Raquel Gutiérrez, significa «no aceptar, para nuestro pensar-decir-hacer, relaciones de tutela o dependencia entabladas desde los múltiples lugares sociales donde se concentra el poder. Significa, también,

y sin trazar la demarcación de «conmigo o contra mí». La multitud no habla para un tercero: es el tercero. Todo esto se abordará con mayor detenimiento en el capítulo 4.

Insisto entonces: se usan las mismas herramientas digitales y su eficacia comunicativa para diseminar a nivel global todo tipo de valores, modas, negocios, tráfico, causas armadas, étnicas o salvíficas. Pero solo las multitudes conectadas de las que hablamos toman las plazas para ensayar una «democracia de apropiación» (Subirats, 2014) que busca incidir en los procesos públicos desde la autonomía individual y colectiva, sin manual de instrucciones ni pertenencia previa, sin buscar crear nuevas instancias de mediación: ni organizativas ni programáticas ni religiosas ni carismáticas.

Por encima de cualquier adscripción, los cuerpos en las plazas se mueven a cara descubierta, aceptan a cualquiera y expresan algo que es quizás el «derecho de cualquiera a tener derechos» como decía Hannah Arendt, con toda una constelación de prácticas que recuperan el espacio común de la vida y de la comunicación deslocalizada en red. Las multitudes conectadas anuncian una globalización alternativa, incluso una modernidad no instrumental y no capitalista, un anhelo de profundización democrática totalmente incompatible con las políticas de segregación y exclusión del capital y la guerra. Contra estas multitudes refulgentes que empujan a la empatía, a la mimesis, al remix y al retwit se erigen la vigilancia y el control desde las mismas tecnologías en manos de los estados y las corporaciones.

Este libro inicia con el capítulo I. «Redes de captura: tecnología y capitalismo», que reflexiona sobre las limitaciones de la libertad política ante el uso que el interés corporativo hace del potencial de las tecnologías digitales para la extracción de valor económico, el control y la vigilancia.

no olvidar en ningún momento la red de interdependencias que continuamente producimos y habitamos. Partir de la red de interdependencia en la que somos y estamos —que es una noción que viene de la ecología política, es algo distinto a lo que se delimita con el par antinómico dependencia/independencia. Consiste en tener presente, todo el tiempo, en primer lugar que no somos personas aisladas sino que siempre estamos insertas en conjuntos dinámicos de vínculos y relaciones que nos preceden y que, al mismo tiempo, producimos a través de nuestras acciones cotidianas.» (Gago, 2016)

El capítulo II. «Del ‘no future’ a las redes activistas», inicia con la invocación del punk, los movimientos autónomos y los okupas como política prefigurativa que constuye y anhela vínculos más allá de los estados nacionales. A continuación se analiza la gestación espontánea en Internet de la red de solidaridad transnacional con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en los noventa. La maduración de las redes activistas tiene su momento estelar con la emergencia del altermundismo o «movimiento de movimientos» contra el neoliberalismo en noviembre de 1999 en Seattle.

El capítulo III. «Comunicación para la acción. Reprogramando redes y pragmatismo hacker», inicia con la reflexión sobre la comunicación política como campo de «domesticación» de las poblaciones, la mediatización de la política en la era televisual y la invisibilización de los movimientos sociales. A partir de los noventa, Internet resquebraja el sistema mediático hegemónico. En los albores del nuevo siglo, la acción colectiva contenciosa adoptará formas extendidas del pragmatismo hacker: un «hacer» sin pedir permiso. El problema del código, entendido como los presupuestos culturales, técnicos y políticos de toda sociedad, será cuestionado desde los espacios de la ingeniería inversa, la autogestión colaborativa y el Do It Yourself.

El capítulo IV. «Las multitudes conectadas», es el centro de este trabajo. A partir de la web 2.0, la sinergia entre cuerpos y extensiones tecnológicas favorece formas de irrupción política multidimensional y autoconvocada, desplegando constelaciones performativas que toman a la vez las calles y las redes digitales, como ensayos generales donde «hacer» en común y compartir, abiertos a la iniciativa de cualquiera, contra la atomización aislada de la fantasmagoría capitalista.

En capítulo V. «Política y sensibilidad estética de las multitudes conectadas mexicanas», se analizan las prácticas de sensibilización y de des-anestesia que son puestas en escena en México en 2012 a partir de un hashtag devenido multitud: el #YoSoy132. En septiembre de 2014, tras la desaparición forzada de 43 estudiantes de Ayotzinapa, la indignación sacude las redes y los cuerpos. Estos casos permiten considerar con más detalle esta política de cualquiera que interpela a la humanidad y a la vida en su conjunto y que se abre al mundo, frente a la clausura aniquilante de las formaciones predatorias del dinero y la violencia que rigen el sistema global.